

INTERIOR

POR

MAURICIO MAETERLINCK

PERSONAJES

EN EL JARDÍN

El anciano.
El caminante.
Marta y María, nietas del anciano.
Un campesino.
La multitud.

EN LA CASA

El padre.
La madre.
Las dos hijas.
El niño.
(Personajes mudos.)

Algunos sauces sombrean el viejo jardín. La casa se perfila en el fondo y tiene iluminadas tres ventanas bajas. Se columbra una estancia blanca y una familia que pasa la velada al amor de la lámpara. El padre está sentado cerca del fuego. La madre tiene un codo apoyado en la mesa y mira al vacío. Las dos hijas, vestidas de blanco, bordan, sueñan y sonríen. El niño pequeño ha dejado caer la cabeza sobre el hombro de la madre y se adormece en la paz familiar de la velada. Parece que cuando alguno de la familia se levanta y va ó viene, sus movimientos son graves, lentos, silenciosos como espiritualizados por la distancia, y la luz de la lámpara, y la luz de los cristales. El anciano y el caminante entran lentamente en el jardín.

EL ANCIANO

Ya hemos llegado. Esta es la luz que distinguíamos desde el camino. La familia, como de costumbre, prolonga la velada al amor de la lámpara. Ha sido una suerte que no oyese nuestras pisadas; tal vez la madre ó alguna de las hijas hubieran salido, y no sabríamos cómo decirselo.

EL CAMINANTE

¿Qué vamos á hacer entonces?

EL ANCIANO

Dejadme ver si se hallan todos en la sala... ¡Todos!... El padre está sentado cerca del fuego; tiene las manos sobre las rodillas y escucha; la madre tiene un codo apoyado en la mesa...

EL CAMINANTE

La madre nos mira.

EL ANCIANO

No, mira al vacío; ni siquiera parpadéan sus ojos. La sombra de

los sauces nos oculta para ella. Las dos hermanas de la muerte bordan lentamente, como si soñasen; el hermanito pequeño se ha dormido...; son las nueve en el reloj que hay en el fondo; la familia no sospecha nada y permanece silenciosa.

EL CAMINANTE

Si pudiéramos llamar la atención del padre... Dos veces ha vuelto la cabeza hacia este lado. Sería conveniente que uno de la familia lo supiese antes que los otros.

EL ANCIANO

¿Y á cuál elegir? El padre es viejo y enfermo...; la madre también; y las hermanas son tan niñas... Todos la querían como quizás no vuelvan á querer. No he visto una casa ni más feliz, ni más alegre.

EL CAMINANTE

Lamaré en los cristales.

EL ANCIANO

No, no; los asustaríamos, y sería peor. Vamos á rodear el jardín. La

casa tiene la entrada al otro lado. Llamaremos á la puerta...

EL CAMINANTE

¿Por qué no vais solo? Yo quedaré aquí esperando. Ellos jamás me han visto. Soy un desconocido para todos, un caminante, un extranjero...

EL ANCIANO

Temo entrar solo. Por el camino lo venía pensando... Si entro solo tendré que hablar desde el primer momento. Cuando se lo haya dicho todo ya no sabré qué decir, y tengo miedo á ese silencio que sigue siempre á las últimas palabras con que se anuncia una desgracia... Si entraseis conmigo nos interrogarían á los dos: entonces les diríais cómo la encontrasteis flotando en el río con las manos juntas...

EL CAMINANTE

Sus manos no estaban juntas; los brazos caían á lo largo del cuerpo.

EL ANCIANO

¿No observáis cómo el dolor parece disiparse en estos pormenores? Si entraseis conmigo hablaríamos los dos, y en tanto nos escuchasen no podrían mirar la desgracia frente á frente. Siempre es bueno que la primera ola se rompa sobre algunas palabras inútiles. Es preciso rodear á los afligidos, hablar en torno de ellos. Los más indiferentes se llevan, sin saberlo, una parte de la pena. El dolor también se divide sin ruido y sin esfuerzos, como el aire ó la luz.

EL CAMINANTE

Vuestros vestidos están mojados, y gotean sobre las losas.

EL ANCIANO

Solamente el borde de mi capa ha rozado el agua.

EL CAMINANTE

Yo tuve que entrar en el río hasta la cintura.

EL ANCIANO

Cierto que parecéis aterido, y estáis lleno de tierra. En el camino no pude verlo.

EL CAMINANTE

El camino estaba oscuro.

EL ANCIANO

Cuando yo llegué, ¿hacía mucho que la encontrarais?

EL CAMINANTE

Tu instante tan sólo. Me dirigía hacia el poblado, donde esperaba hallar hospitalidad. Ya era tarde, y en el bosque apenas se veía. Yo caminaba deprisa; los ojos fijos en el río, porque estaba más claro que el camino; de pronto veo flotar algo extraño cerca de una mata de zarza-rosa: me acerco, y distingo su cabellera, que estaba levantada casi en círculo alrededor de su cabeza, y que ondulaba con la corriente.

EL ANCIANO

¿No habéis visto ahora ondular sobre los hombros la cabellera de sus dos hermanas?

EL CAMINANTE

Creo que han vuelto la cabeza hacia este lado... Sí, han vuelto la cabeza...; tal vez oirían mi voz; pero ya no miran... Entré en el río hasta la cintura, pude asirla de las manos, y sin esfuerzo llevarla hasta la orilla... ¡Era tan bella como sus hermanas!

EL ANCIANO

¿Era quizá más bella...

EL CAMINANTE

Estaba ya rígida...

EL ANCIANO

Esta mañana aún vivía... Yo la encontré al salir de la iglesia... Me dijo que partía. Iba á casa de sus abuelos, que viven al otro lado del río donde se ahogó... Ignoraba cuándo volvería. Me pareció que vacilaba deseando preguntarme al

guna cosa; pero no osó decirla, y se alejó súbitamente.

EL CAMINANTE.

Los aldeanos me contaron que la habían visto vagar hasta el anochecer por la orilla del río... Creyeron que buscaba flores, cuando buscaba la muerte.

EL ANCIANO.

¡Quién sabe! Era silenciosa como las flores, y nosotros somos ciegos para leer en el fondo de las almas. Vivimos un día y otro día al lado de alguno que ya no es de este mundo y de quien el espíritu parece exhalar como perfume mortecino, y no comprendemos nada... ¡Cómo comprender, si somos ciegos! Esa niña había vivido como viven todas; hablaría sonriendo de los rosales que se deshojan sobre los senderos del jardín y lloraría en la obscuridad. Un angel no vería lo que pasa en esas almas. Ayer noche ella estaba sentada, bordaba á la luz de la lámpara, como sus hermanas, y nosotros no la veríamos tal como era si existiera aun... Para comprender la vida es preciso que algo inesperado se una á ella. ¡Y qué extraña debió ser esa alma infantil! La triste, la ingénuo, la blanca alma que tuvo la pobre niña, ¡ah! si hubiera dicho lo que debió decir, ¡ah! si hubiera hecho lo que debió hacer.

EL CAMINANTE.

En este momento sus hermanas sonríen en silencio.

EL ANCIANO.

Sus padres están tranquilos... No la esperaban esta noche.

EL CAMINANTE.

Toda la familia sonríe sin hablar. El padre se lleva un dedo á los labios.

EL ANCIANO.

Señala al niño, dormido sobre el corazón de la madre, que casi no se

atreve á levantar los ojos, temerosa de despertarle.

EL CAMINANTE.

Las dos hermanas cesaron de bordar...

EL ANCIANO.

Reina profundo silencio...

EL CAMINANTE.

Han dejado caer el hilo de seda.

EL ANCIANO.

Las dos miran al niño.

EL CAMINANTE.

Los padres parecen felices.

EL ANCIANO.

Se creen al abrigo de todo. Cerraron las puertas, aseguraron las ventanas, corrieron los cerrojos de hierro... (El anciano se sienta). La casa es vieja, pero sus muros son de piedra; lo saben y viven tranquilos, sin cuidados ni zozobras. ¡Creen haberlo previsto todo!

EL CAMINANTE.

Es preciso que nos decidamos... Puede llegar alguien y decírselo bruscamente. Había muchos aldeanos en la pradera... Si uno de ellos llamase á la puerta.

EL ANCIANO.

Marta y María quedaron acompañando á la muerta. Los aldeanos iban á disponer unas anclas de ramaje para conducirla hasta aquí. He dicho á la mayor que viniese corriendo á traernos aviso cuando se pusiesen en camino. Esperemos que llegue, ella me acompañará. A mí me falta valor después de haber estado contemplándolos tanto tiempo. Creí que todo consistía en llamar á la puerta, entrar sencillamente, buscar algunas frases y decirle... Pero los he visto vivir felices agrupados bajo la lámpara...

MARÍA.

Padre, ya vienen ahí.

EL ANCIANO.

¿Eres tú? ¿Por dónde vienen?

MARÍA.

Atravesando los senderos. Caminan muy lentamente.

EL ANCIANO.

¿Son muchos?

MARÍA.

Toda la aldea. Algunas mujeres habían llevado luces, pero les advertí que las apagaran y que rezasen en voz baja.

EL ANCIANO.

Aún tenemos tiempo.

MARÍA.

¿Pero no le dijisteis?...

EL ANCIANO.

Nada le hemos dicho, ya lo ves... Velan todavía reunidos bajo la lámpara... Míralos, hija mía...

MARÍA.

¡Oh! ¡qué felices parecen! Creo estar viéndolos en sueños...

EL CAMINANTE.

Hablad bajo. Sus dos hermanas se han extremecido.

MARÍA.

Se levantan las dos...

EL CAMINANTE.

Creo que vienen hacia las ventanas.

(En este momento una de las dos hermanas se acerca á la ventana izquierda: la otra á la ventana derecha. Apoyan al mismo tiempo las manos en los cristales y miran en la obscuridad.)

MARÍA.

Nadie se asoma á la ventana del medio...

EL CAMINANTE.

Las dos hermanas miran. Escuchan.

EL ANCIANO.

La mayor sonrío á la obscuridad; á lo que no ve...

EL CAMINANTE.

La segunda tiene los ojos llenos de lágrimas.

EL ANCIANO.

Nadie sabe hasta dónde el alma se extiende en torno nuestro.

(Largo silencio. María se estrecha contra el pecho del anciano y lo abraza.)

MARÍA.

¡Padre! ¡Padre!...

EL ANCIANO.

No llores, hija mía... A todos nos llegará nuestra vez. (Nuevo silencio.)

EL CAMINANTE

Cuánto tiempo miran.

EL ANCIANO.

Mirarían cien mil años y no distinguirían nada sus pobres hermanas. La noche es oscura, y á la desgracia casi nunca se la ve llegar. Ellas miran al jardín, y los que conducen á la muerta vendrán por aquel lado rodeando las pradera s

EL CAMINANTE.

Es una masa negra que avanza lentamente.

MARÍA.

Vienen muy lejos y apenas se les distingue.

EL CAMINANTE.

Siguen las ondulaciones del sendero. Ahora reaparecen al lado de un gran charco iluminado por la luna.

MARÍA.

¡Oh! ¡cuántos son! Toda la aldea... Vienen dando un gran rodeo.

EL ANCIANO.

Llegaron á pesar de todo. Ahora también yo las veo. Caminan lentamente al borde de las praderas. Parecen tan pequeños que casi no se les distingue entre las yerbas. Se les tomaría por niños jugando en un claro de luna. Aunque ellas los viesen no comprenderían nada, y sin embargo traen consigo el infortunio que ha de herirlas. A medida

que se acercan la desgracia parece mayor. Crece como una sombra sin que nadie pueda impedirlo; crece á cada paso que dan, y los mismos que la traen no pueden ya detenerla. La desgracia es una reina negra á quien todos tenemos obligación de servir. No tiene palacio, anda por el mundo vagando por los caminos, infatigable, con una sola idea. Todos somos sus esclavos y los que conducen á la muerte tienen que prestarle sus fuerzas. Están tristes pero no se detienen, son compasivos pero deben caminar.

MARÍA

Padre, la mayor ya no sonríe.

EL CAMINANTE

Se retiran de las ventanas.

MARÍA

Abrazan á su madre.

EL CAMINANTE

La mayor acaricia los bucles del niño, y el niño no se despierta.

MARÍA

 Ah!  ah! El padre también quiere que le abraze.

EL CAMINANTE

Siempre el mismo silencio.

MARÍA

Vuelven al lado de su madre.

EL CAMINANTE

El padre sigue con los ojos á la p ndula del reloj.

MARÍA

Parece que rezan sin darse cuenta.

CAMINANTE

Parece que oyen á las  nimas.

MARÍA

Padre, no le digais nada esta noche.

ANCIANO

Ves, hija mía, como el valor te abandona.  Ah! Estaba seguro que bastaría con que mirases... En los años que tengo, jams  a la presencia de la vida me hiri o así... Pasan la velada reunidos bajo la lámpara,

como la hubiéramos pasado nosotros; y, sin embargo, cuanto hacen me parece tan deshusado, tan grave... Creo estar viéndolos desde la altura de otro mundo lejano,   todo porque sí una verdad triste y cruel que ellos ignoran!  Quiz s hay algo que no podemos comprender y que nos hace llorar!  Ah! Si no los hubiera visto vivir felices, reunidos bajo la lámpara.  Tienen demasiada confianza en este mundo! Creen que nada puede sucederles, porque han cerrado la puerta, y no saben que sucede siempre alguna cosa en las almas y que el mundo no acaba en el umbral de las casas. Cuando tantos conocemos su desgracia,  ellos no dudan siquiera! Yo, pobre viejo, tengo aquí,   dos pasos de su puerta, toda la felicidad de esa familia. Como   un pájaro enfermo la guardo entre mis manos, que no me atrevo   abrir.

MARÍA

 Padre, tened piedad! No se lo digais hasta mañana; de noche toda da más miedo...

ANCIANO

Quizá tengas razón, hija mía, y fuese preferible dejarlo dormir todo en la paz de la noche. La luz parece consolar el dolor...  Pero que nos dirían ellos mañana? El infortunio nos hace suspicaces. Cuando nos hiere deseamos saberlo primero que los extraños... Los desgraciados no quieren que su tristeza se desflore pasando por mano desconocida... Mañana parecería que nosotros les habíamos privado de alguna cosa...

CAMINANTE

Apena s queda tiempo. Se oye el murmullo de los rezos.

MARÍA

Ya est n ahí... Pasan por delante de los sauces... Entra Marta.

MARTA

He venido guiándolos hasta aquí. Ahora quedan esperando en el ca-

mino... (Se oyen los gritos de los niños.)
¡Aha! Los niños vuelven á gritar... Les he dicho que no viniesen... Pero las madres no hicieron caso... Los pequeños lloraban, porque también querían ver... Voy á decirles... No, ya callan. ¿Lo habéis preparado todo? He traído el anillo de oro que ella llevaba puesto. También traigo algunas frutas para el niño... Yo misma la tendí sobre su lecho de ramaje. Parecía dormida... ¡Qué angustia! Sus cabellos no querían obedecerme, se desbordaban. Toda su falda la cubrí de margaritas. Es triste que no hubiese otras flores... ¿Pero que hacéis aquí? ¿Porque no estáis á su lado? (Mira á las ventanas.) ¿No lloran? Padre, ¿no le habéis dicho?

EL ANCIANO

¡Marta, Marta! Hay demasiada vida en tu alma; tú no puedes comprender...

MARTA

¿Con que no puedes comprender?

(después de una pausa, y con un tono lento de grave reconvencción.)

No podéis hacer eso, padre.

EL ANCIANO

Marta, tú no sabes.

MARTA

Seré yo quien se lo diga.

EL ANCIANO

Hija mía, permanece aquí, y mira un instante...

MARTA

¡Oh, qué desgraciados son!... No pueden esperar más...

EL ANCIANO

¿Por qué?

MARTA

Yo no sé... Pero no es posible...

EL ANCIANO

Ven aquí, hija mía.

MARTA

¡Qué paciencia tienen!

EL ANCIANO

Ven aquí, hija mía.

MARTA (volviéndose.)

¿Dónde estás, padre? No os veo. ¡Qué desgraciada soy! Ya no sé qué hacer...

EL ANCIANO

Hasta que lo sepan todo, no vuelvas á mirar.

MARTA

Yo iré con vos.

ANCIANO.

No, Marta, quédate aquí. Siéntate al lado de tu hermana, en ese antiguo banco de piedra, y no mires... Eres muy niña, y te sería difícil olvidar... Quizás oigas sollozos... No vuelvas la cabeza. Pero, sobre todo, hija mía, guárdate de mirar, si nada oyes. El camino que recorre el dolor, nadie lo sabe de antemano. ¡Cuántas veces un sollozo que se ahoga, tiene raíces profundas! ¡Y cuántas veces eso es todo!... Yo mismo no sé lo que haré al oírlos... Abrázame, hija mía, antes de irme... (El murmullo de los rezos se aproxima gradualmente. Una parte de la muchedumbre inunda el jardín. Se oyen pasos sordos y hablar en voz baja.)

EL CAMINANTE

¡Quietos, quietos! No aproximarse á las ventanas. ¿Dónde están?

UN ALDEANO

¿Quiénes?

EL CAMINANTE

Los otros..., los que la conducen.

EL ALDEANO

Suben por la avenida que llega hasta la puerta.

(El anciano se aleja. Marta y María, sentadas en el banco, vuelven la espalda á las ventanas. Rumores en la muchedumbre.)

EL CAMINANTE

¡Sch!... Callad.

(En la casa, la mayor de las dos hermanas se levanta, y corre los cerrojos de la puerta.)

MARTA

¿Han abierto?

EL CAMINANTE

Al contrario, cerraron. (Pausa.)

MARTA.

¿Padre no ha entrado?

EL CAMINANTE.

No. La hermana mayor se sienta otra vez al lado de la madre... Los otros no se mueven y el niño continúa durmiendo. (Pausa.)

MARTA.

Dame la mano.

MARÍA.

¡¡Marta!!... (Se abrazan y se dan un beso).

EL CAMINANTE.

Debe haber llamado ahora porque han levantado la cabeza y se miran...

MARTA.

¡Pobres! ¡pobres! (Ahoga los sollozos sobre el hombro de su hermana).

EL CAMINANTE

Debe haber llamado otra vez. El dueño de la casa mira al reloj. Se levanta.

MARTA

Yo voy á entrar. No deben estar solos.

MARÍA

¡Marta! ¡Marta!! (La detiene)

EL CAMINANTE

El dueño descorre el cerrojo. Entrebrea la puerta.

MARTA

¡Oh! ¿No véis?

EL CAMINANTE

¿Qué?

MARTA

Los que la conducen...

EL CAMINANTE

El dueño no se decide á abrir. Yo solamente veo un espacio de césped y el surtidor. No deja la puerta...; retrocede. Tiene el aspecto de decir: «¡Ah! ¿Sois vos?» Levanta los brazos... Cierra la puer-

ta con cuidado. Vuestro padre está de pie en medio de la estancia...

(La muchedumbre se aproxima á las ventanas. Marta y María se levantan primero tímidamente; luego concluyen por aproximarse estrechamente abrazadas. Se ve al viejo, que se adelanta con lentitud en la sala. Toda la familia se pone en pie. La madre, con sumo cuidado, deja al niño en el sillón que acaba de abandonar. Desde fuera se le ve dormir. La madre va al encuentro del recién llegado y le tiende la mano, pero la retira antes de que tenga tiempo de estrecharla. Una de las jóvenes le aproxima un sillón, la otra quiere despojarle de la capa. El anciano las detiene con un ademán. El padre sonríe con un gesto de sorpresa. El anciano mira hacia las ventanas.)

EL CAMINANTE

No se atreve á decírselo. Acaba de mirar hacia aquí.

(Rumores en la muchedumbre.)

EL CAMINANTE

¡S...t!...

(El anciano al ver los rostros tras los cristales separa los ojos vivamente. Como una de las jóvenes insiste en ofrecerle el sillón, concluye por sentarse, y se pasa repetidas veces la mano por la frente.)

EL CAMINANTE

Se sienta...

(Las otras personas que se encuentran en la sala se sientan también. El dueño de la casa habla con velocidad. Al fin el anciano toma la palabra, y su voz parece atraer la atención de todos. El dueño le interrumpe. El anciano habla de nuevo y poco á poco los otros se inmovilizan. De pronto la madre se extremee y se levanta.)

MARTA

¡Oh, la madre va á comprender!...

(Marta oculta el rostro en las manos. Nuevos rumores en la multitud. Los niños lloran para que los cojan en brazos, y poder ver. La mayoría de las madres obedecen.)

EL CAMINANTE

¡¡S...t! Todavía no se lo ha dicho.

(La madre interroga al anciano con angustia. El anciano responde algunas palabras. Todos se levantan bruscamente y parece como que le interrogan. El anciano hace con la cabeza un signo afirmativo.)

EL CAMINANTE

¡Se lo ha dicho!... ¡Se lo ha dicho todo de un golpe!...

(Voces en la muchedumbre.) ¡Se lo ha dicho! ¡Se lo ha dicho!

EL CAMINANTE

No se oye nada...

(El anciano se levanta, y sin volverse muestra con el dedo la puerta que se halla á su espalda. La madre, el padre y las dos hijas se arrojan á la puerta. El anciano quiere impedir á la madre que salga.) (Voces en la muchedumbre.)

¡La familia sale! ¡La familia sale!

(Movimiento en el jardín. La muchedumbre se precipita del otro lado de la casa, y

desaparece á excepción del caminante, que permanece tras los cristales: en la sala quedan abiertas las dos hojas de la puerta. Todos salen al mismo tiempo. Se ve el cielo estrellado, el césped del jardín y el surtidor que ilumina la luna. En medio de la estancia, acostado en el sillón, el niño duerme dulcemente Silencio.

EL CAMINANTE

El niño no se ha despertado.

(Sale también.)—FIN.

El caballero de la muerte.

La ciudad, toda coronada de sol, y de flores y flámulas prendida, se alborozaba con alma de niño, alma de multitud regocijada, porque el cielo resplandece y las calles están de fiesta; las músicas marciales ritman el paso de la gente atropellada y todos parecen soldados de un ejército triunfador.

Devotos del amor y la hermosura llegan los peregrinos caballeros, jóvenes y gloriosos. Son doce. Los doce pretenden el amor de la princesa hermosa; la fortuna, no el mérito, puede distinguir á uno sólo entre ellos. Son doce jóvenes y gloriosos. La princesa los ve pasar desde la terraza de palacio, y exclama con terror:

—¡Son trece!...

—Son doce, señora mía—replica con dulzura su nodriza.—Hoy no pueden envidiarse unos á otros; mañana uno solo será envidiado de todos.

—¡Son trece, trece! Tú no ves, nadie ve al que llega detrás de todos, al caballero de las armas pavonadas, en su caballo negro, gualdrapado de negro, con negro airón por cimera del casco... Son trece, trece...

Y la princesa mira con espanto á donde mira, á donde, aunque todos miraran, nada verían... Al caballero de las armas pavonadas, al desposado fiel de la princesa, sólo visible para ella desde el día en que un beso de muerte transfundió por todo su ser, desde la frente serena con la quietud de un pensamiento fijo, á las plantas graves, de pasos mesurados, conocedores de un camino predestinado, poder sobrenatural que anida en ella, á pesar suyo. Todo impulso de amor en su alma es golpe mortal para el objeto amado; si la princesa dice:—¡Hermosas flores!—las flores se agostan á su paso; si escucha con amor el canto de los pájaros, los pájaros caen á sus pies como heridos por cazador certero; un príncipe amado, radiante de vida juvenil, murió en el tiempo que ella exclamaba: «¡sí!», trémula, entre sus brazos... Y desde aquel día, la princesa redujo su corazón al cielo, y sólo escucha la voz que nadie oye, y sólo mira al que no ve nadie.

—Morirá cuanto ames—juró el caballero;—pero tú, amada mía, nunca morirás...

Y la princesa entristece su alma con pensamientos de odio; quisiera vivir entre criminales, en parajes desolados, donde todo inspira horror... Y para no amar nunca, sólo escucha al que nadie oye, sólo mira al que no ve nadie, á su fiel enamorado, al caballero de la Muerte, sólo visible para ella, su inmortal desposada.

Jacinto Benavente.



LA POLITICA

Se están haciendo en el ministerio de la Gobernación las elecciones que en la primera quincena de Mayo deshará el cuerpo electoral, ó, lo que es más triste y más probable, confirmará con ligeras variantes.

Con números puede ya el señor Moret adelantar la composición del futuro Congreso. Y si no le es dable sustituir con nombres las cifras es por la terrible lucha de ambiciones y vanidades, que no le permite verificar con la calma necesaria el *encasillado*. Ignora el ministro á quiénes ha de *encasillar*, sabe cuántos ha de meter en las respectivas casillas. La Unión Conservadora tendrá ochenta diputados; los gamacistas pasarán de veinte, sin llegar á treinta; de veinte á veinticinco serán los republicanos diputados; habrá media docena de carlistas, otra media de representantes de la Unión Nacional, hasta una docena de romeristas y los tres ó cuatro independientes que tengan dinero y rumbo para gastarlo. No faltarán, para que estén en el Congreso todos los partidos, golpe de muy buen efecto que halaga al Sr. Moret: un integrista (Nocedal) y un socialista (Pablo Iglesias). Esto si los bilbaínos no vuelven á gastar millones para aumentar su triunfo.

Pueden estos cálculos sufrir modificaciones si los ministeriales *encasillables* siguen apretando y si obligan al Sr. Sagasta á que haga en la futura mayoría «ponderación de fuerzas», es decir, representaciones proporcionadas á la importancia y calidad de los grupos en que

se divide y subdivide el partido liberal. Tantas actas á los parientes é íntimos del presidente, cuantas al Sr. Montero Ríos, tantas otras para los del Sr. Marqués de la Vega de Armijo, unas pocas par el señor Canalejas, y las demás, el mayor número, para el ministro de la Gobernación, el gran elector, el único elector verdadero que hay en España.

Así, como siempre, se hacen las elecciones. Algunos cándidos exclaman: ¡Ah, si se hubiese prorrogado la fecha de las elecciones para poder corregir el censo no sucedería esto! Otros, inocentes también, confían en que la lucha será leal, verdadera, porque el actual Gobierno mudará de Ayuntamientos, prólogo de las elecciones generales.

Ignoran unos y otros que la corrupción ha llegado á tal grado de perfección, que el mecanismo, el llamado manubrio electoral, funciona siempre, inevitable, fatalmente, á favor del que mande, sin necesidad de falsear el censo ni de suspender Ayuntamientos.

Prueba que este obligado preliminar es ya innecesario, lo sucedido en las últimas elecciones para diputados provinciales. Todo estaba preparado por los conservadores: caen éstos, suben los liberales, y sin tiempo para renovar ni los gobernadores civiles, la máquina incumbadora electoral—oh prodigio mecánico!—, da una mayoría de diputados provinciales liberal, perfectamente liberal.

Hay también que advertir que,

así como en Madrid el turno pacífico ha suavizado las relaciones políticas, lo mismo sucede en las villas y hasta en las aldeas con los bandos, antes hostiles, hoy muy duchos en el juego de compadres ó caciques, que en las altas esferas de la política se denomina turno pacífico ó constitucional.

Pues con el censo pasa lo mismo. Es completamente igual que sea verdadero ó falso. Ya no importa semejante pequeñez. Importaba cuando las elecciones se hacían groseramente, á veces apelando á recursos violentos, como la prisión arbitraria de un elector de influjo y de oposición al Gobierno, ó la eliminación de ese mismo elector irreductible por medio del trabuco de un bandido andaluz, la escopeta de un *roder* valenciano ó el fusil de la Guardia civil. Quien se escandalice recuerde la causa de Trasmiera, en Santander; la historia del *Chato* célebre *roder* de Chellan, y las hazañas que en concepto de muñidores electorales realizaron celeberrimos bandidos andaluces.

Aquello pasó. A nuevos tiempos, nuevas costumbres. Ya no se mata, se escamotea con arte y hasta con gracia. El progreso es indudable. Como en lo criminal el bandido ha cedido su puesto al *timador* ingenioso y al *carterista* distinguido, en el crimen electoral la falsificación ha sucedido al homicidio.

La gloria de esta laudable evolución corresponde casi íntegra al partido liberal, y muy particularmente al *moretismo*, á la izquierda de ese partido.

Ya no se paran, adelantan ó atrasan los relojes, ni se mudan, como por arte mágico, los colegios, ni se resucita á los muertos, ni cuadrillas de barrenderos disfrazados acuden á votar con nombres supuestos en distintas secciones; ya no hay embuchados de los antes acreditados *embuchados*, ni menos de romper urnas. Todo eso es viejo. Pertenece á los tiempos de Romero Robledo. El *modernismo* ha llegado también,

no podía por menos, al arte de hacer elecciones, el único rigurosamente español castizo de estos tiempos. Ahora todo se reduce á robar unas cuantas actas, las que hagan falta, y falsificarlas después.

No importa, pues, que vote todo el cuerpo electoral ó que se retraiga casi en masa. Tampoco es un obstáculo, ni siquiera un contra-tiempo, que el candidato ó los candidatos de oposición tengan efectiva mayoría de votos. Es más; se puede permitir que hagan *trampas*, *chanchullos* las oposiciones, tal es de admirable el sistema. En Madrid se ha usado con extraordinario éxito en elecciones generales para diputados á Cortes, en dos elecciones provinciales y una municipal.

Las elecciones de Marzo de 1897 fueron modelo de este novísimo sistema.

El alcalde de Madrid, que lo era entonces quien en premio de aquellos servicios, de lo que se ha llamado su acometividad, ha logrado la cartera de Instrucción Pública, hizo en la corte las elecciones para diputados á Cortes. Fueron unas elecciones sencillas y baratas. El alcalde corrió con todo, con el triunfo de los ministeriales y de los silvelistas. Lucharon también los republicanos de la fusión D. Constantino Rodríguez y D. Emilio Menéndez Pallarés, dos federales, uno de ellos D. Francisco Pí y Margall, y dos socialistas.

Hubo poca animación en los colegios, se retrajo gran parte, la mayoría de los electores, y, sin embargo, obtuvieron más de 30.000 votos ministeriales y conservadores, siendo así que en elecciones reñidísimas de 3 de Marzo del 93 no obtuvo el Sr. Ezquerdo más de 27.000 votos.

Lo sucedido fué que al falsificar las actas hubo que aumentar votos á todos los candidatos, hasta los socialistas, á fin de dar el triunfo á los que habían sido derrotados por D. Constantino Rodríguez y don Emilio Menéndez Pallarés.

El único defecto de tan admirable sistema es que á veces por descuidos que ya se irán corrigiendo con el uso, aparecen en el acta de una sección más votos que votantes hay en el censo. En el distrito de la Latina en las penúltimas elecciones para diputados provinciales ya se dió ese caso, muy chusco, por lo demás, y que en nada estorbó á la legalidad de aquellas elecciones.

Lo sucedido antes, gobernando los liberales, es indicio de lo que acontecerá en Mayo, cuando florezca el *encasillado* ya á medio hacer.

Y prueba de que todos están en el secreto, es que los aspirantes á representar en Cortes á la nación no se preocupan de exponer ideas, publicar manifiestos y agitar al cuerpo electoral. Lo que les interesa es ser *encasillados*. Por eso ha caído sobre Madrid una nube de caciques y candidatos, así ministeriales como de oposición dinástica, incluso el Sr. Paraíso, que también ha bullido y rebullido por ahí y ha hecho algunas visitas al Sr. Moret.

Los únicos que noble y públicamente han manifestado su programa electoral, han sido los socialistas y los federales. Aquéllos en un manifiesto; los segundos, en un artículo de *El Nuevo Régimen*, que ofrece la novedad de aconsejar la coalición electoral no sólo con los republicanos unitarios, sino con los federales monárquicos, es decir, con los regionalistas.

La Unión nacional republicana también lanzará su programa pronto, aunque ha de luchar con el gran inconveniente de no estar acordes sus hombres respecto de las soluciones del problema religioso.

Como no se formen robustas coaliciones electorales que vigoricen la opinión y purifiquen con su fuerza arrolladora el sufragio, como sucedió en Madrid los años de 1885 y 1893, las futuras Cortes representarán á los oligarcas y á los caciques de que ha hablado en el Ateneo hace poco el Sr. Costa con varonil elocuencia.

Roberto Castrovido.

LOS DÍAS SIN SOL

El lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene,
con los feroces ojos inyectados
en sangre helada, fijos y crueles.
¡Maldito lobo invierno que te llevas/
los viejos y los débiles!...
Reunámonos; que todos
tengan una familia,
un libro y fuego alegre.
Y, mientras, fuera, el hacha
el tronco seco hiende,
que será rojo en el hogar, cerremos
la puerta y el balcón... ¡Dios no nos quiere!
¡Tregua! Seamos amigos...
¡La tibia paz entre nosotros reine
en torno de la lámpara, que esparce
la tranquila poesía del presente!...
Y tú, mi amada, cuyos rojos labios
son ya la sola flor, dámelos... ¡quieremel!...

.....
¡que el lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene!

Manuel Machado.

CARTAS DE UN NOVIO

EL AMOR, QUE PASA

Hoy me he levantado con el *ataque*. Ya sabes tú lo que es *el ataque*: pensar en tí furiosamente, ver en todo lo que miro algo *tuyo*, oír algo *tuyo* en todo lo que oigo... volver la vista atrás.

En la acera de las Calatravas, llueve el sol chorros de una luz rubia, polvillo dorado y relumbrante que cae sobre las temblorosas plumas de los sombreros. Las faldas, revolantes y olorosas, suenan con rumores de tentación; sobre las nuca de adorables mujeres el festón de los ricillos campanillea con gracia y los devocionarios elegantes se duermen entre caricias de manos blancas y primorosas.

Todo brilla aquí; las botitas acharoladas, el azabache de los vestidos, las piedras de las sortijas, el deseo de los ojos... Todo huele á esencias costosas y penetrantes; las caras bonitas, los abrigos largos, los manguitos suaves, hasta el silabeo rumoroso de las palabras *sabe* á violeta y á opoponax; hasta el aire, cortésano y discreto, corre como templado aliento de alcoba...

El amor madrileño y elegante bulle en esta acera cortesana, con sus atildados saludos, con sus risitas frescas, con su *flirt* descarado y malicioso. Tras las anchas caderas apretadas, parece que se van las manos; palabras mimosas regalan los oídos con su música de desmayo; ojos en tornados y soñolientos provocan suspiros deseosos; y Venus, enlutada y cuaresmal, cristiana y devota, tintinea su rosario tan habilidosamente, que suena como el besar de una bacante fatigada.

El esquilón de San José toca á misa con irritante paciencia; seguido, seguido, sin cansarse jamás, como un confesor pesado, en acecho de que la alegría se canse para hacerse oír...

A pesar de esto, la alegría no lleva trazas de rendirse. Las cruces de oro caen sobre las chaquetas ajustadas; pero al hincharse con el respiro de los aires de primavera, los senos duros y jóvenes hacen tambalear las cruces...

Todo esto lo veo y lo oigo, acometido de una murria indecible y extravagante. Seguramente, al andar, como atortolado, entre este gentío de bacanal etiquetera, llevo un aire de tonto que debe dar compasión.

Pienso en tí...

* * *

Hoy, día festivo y memorable, *tu día*, habrás confesado. Madruguera y bonita, pero triste y melancólica, habrás paseado tu garboso cuerpo anadaluz por esas calles morunas y estrechas, y las puertas se habrán llenado de curiosos por verte pasar. Tu sombrero de *Madrid*, con plumas y abalorios, habrá llenado el pueblo con el aire triunfador de la moda, y más de una envidiosa lugareña, en acecho tras los visillos de su cierre de cristales, habrá espionado tu andar *madrileño*.

Al entrar en la iglesia destartalada y fría las beatas gruñonas habrán cuchicheado entre el escondite de sus mantones viejos, escandalizadas de tu lujo, odiándote porque vuelcas en la nave mal oliente el jarrón de tus tu perfumes mundanos.—Y tú, pobre corazón sin malicia, habrás puesto la divina cara en las rejillas mohosas del confesonario. ¿Qué le has dicho

al sacerdote? ¿Qué te ha dicho él? Cuéntamelo, cuéntamelo todo, desde el principio hasta el fin.

Mi corazón brinca al solo pensamiento de que le has hablado de mí, pobre aventurero dejado de la mano de Dios. Entre suspiros afanosos y dolientes, estoy seguro de que le has dicho toda mi cruel odisea; y de que, contando tus pesadillas de novia ausente, esa boca tuya, que me regaló con sus carcajadas de felicidad, ha rezado, con miedo, suplicando á otro hombre que me perdonara...

Ante el hecho villano de que mis afares, pasando por el dulce crisol de tu boca, se cambien en regaladas súplicas al confesor, toda mi alma se rebela. Siento hervir mi sangre; renace en mí el deseo de apretar una garganta; y el loco poema de los celos me deja sin respiración y sin vida.

...Un amigo me sale al paso. También él suspira por la novia ausente. Y también me dice que su novia habrá confesado esta mañana.—Hemos cerrado los puños amenazadores, y allá vamos los dos, detrás de unas muchachas que se ríen, mirándonos con la devoción más pagana que te puedes imaginar...

Cristóbal de Castro.

Mística.

Amada, te convido á un goce embriagador...

Se ha ocultado la luna, y en el lejano Oriente
una ráfaga rósea prelude el sonriente
triúnfo de la aurora. El suave frescor

que las rosas exhalan en su ensueño de amor,
embriagará de besos nuestra serena frente...

Todo duerme en el mundo... y en el parque silente
las flores de ayer tarde sueñan con dulzor.

Ceñiré tu cabeza con diademas de rosas

cuajadas de rocío; y á tu dulce pesar

te darán las adelfas sus flores lacrimosas.

Clavarás en el cielo tu tranquilo mirar,

y en tus verdes pupilas veré las silenciosas

perlas que las estrellas vierten al expirar.

Juan R. Jiménez.